

## **La arquitectura invisible del poder**

Antonio De La Cruz

*Director Ejecutivo*

5/May/2026

Por años, el análisis del sector petrolero venezolano ha estado atrapado en una premisa equivocada: que el poder reside en los barriles. Esta idea, heredada de una lógica industrial del siglo XX, resulta hoy insuficiente para explicar la dinámica real de un sistema que ha mutado silenciosamente. En la Venezuela contemporánea, el petróleo sigue siendo central, pero ya no es el eje del poder. El verdadero control se ha desplazado hacia un terreno menos visible: la validación legal, el flujo financiero y la arquitectura institucional que los sostiene.

Este cambio no es accidental. Es el resultado de una transformación deliberada, en la que el Estado, presionado por sanciones, aislamiento y restricciones operativas, ha reconfigurado su forma de ejercer poder. No mediante la apertura, sino a través de una opacidad funcional que, lejos de ser caótica, responde a una lógica precisa.

### **El fin del paradigma extractivo**

Tradicionalmente, los sistemas petroleros se analizaban en términos de capacidad productiva: reservas, infraestructura, inversión. Pero en el caso venezolano, esa lógica ha sido superada por una realidad más compleja. Hoy, el acceso al sistema no depende de la capacidad técnica para extraer crudo, sino de la posibilidad de operar dentro de un marco legal fragmentado y condicionado externamente.

Las licencias emitidas por la Oficina de Control de Activos Extranjeros (OFAC) han redefinido el campo de juego. Estas no solo autorizan o restringen operaciones; en la práctica, determinan quién puede participar, bajo qué condiciones y con qué grado de seguridad. El resultado es una forma de soberanía condicionada, donde el poder formal permanece en Caracas, pero el poder efectivo se distribuye en nodos regulatorios externos.

### **La opacidad como sistema**

En este contexto emergen los Contratos de Participación Productiva (CPP), que han pasado a dominar la operación en el terreno. A primera vista, estos contratos podrían interpretarse como instrumentos pragmáticos para sostener la producción en condiciones adversas. Sin embargo, un análisis más profundo revela otra función: la construcción de un ecosistema deliberadamente opaco respaldado por la Ley Antibloqueo (2020).

Decenas de empresas —muchas de ellas estructuras offshore o entidades sin trayectoria pública verificable— operan dentro de este esquema. La ausencia de licitaciones abiertas, la falta de

supervisión independiente y la centralización de decisiones configuran un sistema cerrado. No se trata simplemente de debilidad institucional. Se trata de un modelo que reduce la trazabilidad, fragmenta la responsabilidad y dificulta cualquier forma de escrutinio.

Esta arquitectura tiene consecuencias concretas. Proyectos emblemáticos han sufrido caídas abruptas en producción, no por falta de recursos, sino por la ausencia de reglas claras. La incertidumbre jurídica no solo desincentiva la inversión; erosiona la capacidad misma de operar.

### **Un equilibrio de desconfianza**

El sistema actual puede entenderse como un equilibrio inestable entre actores que no confían entre sí, pero que tampoco pueden prescindir unos de otros.

Estados Unidos, a través de su régimen de licencias OFAC, ejerce un control indirecto que evita la intervención total, pero mantiene influencia decisiva sobre los flujos financieros de las exportaciones petroleras. El gobierno venezolano, por su parte, prioriza la liquidez inmediata y la preservación del control político, incluso a costa de la transparencia. Las empresas petroleras, enfrentadas a riesgos legales significativos, adoptan una estrategia de contención: observan, evalúan y, en la mayoría de los casos, esperan.

En paralelo, una diáspora petrolera activa documenta irregularidades, rastrea estructuras opacas y busca generar presión ante la Casa Blanca. Su papel, aunque limitado en términos operativos, introduce una variable incómoda: la posibilidad de que la opacidad deje de ser invisible.

### **La lógica de la autocracia en red**

Este modelo no es único, pero sí representativo de una tendencia más amplia. En su análisis de las redes autoritarias contemporáneas, Anne Applebaum describe sistemas que no dependen exclusivamente del control territorial o de la represión directa, sino de estructuras flexibles, transnacionales y, sobre todo, opacas.

Venezuela encaja en esta descripción. El uso de entidades offshore, la fragmentación contractual y la dependencia de marcos regulatorios externos no son anomalías. Son mecanismos que permiten operar en un entorno hostil sin exponer completamente el sistema. La opacidad, en este sentido, no es una falla. Es una estrategia.

### **Escenarios sin ruptura**

El futuro inmediato no apunta a una transformación radical. Las probabilidades favorecen la continuidad del modelo actual, quizás con ajustes marginales que introduzcan mayor supervisión,

pero sin alterar su estructura fundamental. La creación de una agencia técnica independiente — frecuentemente propuesta como solución— enfrenta obstáculos políticos significativos.

Un colapso operativo tampoco puede descartarse, pero incluso ese escenario no garantiza una transición hacia la transparencia. En sistemas de este tipo, las crisis suelen reforzar las dinámicas existentes en lugar de sustituirlas.

### **El verdadero campo de batalla**

La narrativa oficial, tanto interna como externa, continúa enfocándose en la producción: cuántos barriles se extraen, cuántos se exportan, cuánto podría recuperarse. Pero esta narrativa oculta el elemento central del sistema.

La verdadera competencia no se desarrolla en los campos petroleros. Se despliega en los espacios donde se validan contratos, se autorizan operaciones y se controlan los flujos financieros. Es allí donde se define quién tiene acceso, quién queda excluido y quién, en última instancia, ejerce el poder.

Esta realidad plantea una pregunta fundamental, no solo para Venezuela sino para el análisis de los sistemas autoritarios contemporáneos: ¿qué ocurre cuando el control ya no depende de la fuerza ni de la producción, sino de la arquitectura invisible que regula el acceso al sistema?

Responder a esa pregunta exige abandonar las categorías tradicionales y reconocer que, en el mundo actual, el poder no siempre se ve. Pero siempre deja huellas.